

CONVERSACIÓN SOBRE LA METÁFORA

Casa Cuba¹

Por OSVALDO GALLARDO GONZÁLEZ

Para presentar la metáfora Casa Cuba más que un ejercicio de ingenio y agudeza conceptual, es necesario un corazón despierto y una espiritualidad de la *trascendencia de lo real*, según el filósofo Raúl Fornet en sus palabras de introducción a este simposio. Creo, con humildad, que puedo alcanzar estas dos últimas categorías para vincular lo afectivo con lo ideológico —aunque esta última es una palabra que provoca pánico en Cuba; pero no me atrevo a pronunciar otra— y hablar de Cuba, la Cuba que es obra de la mano de Dios y le pertenece a Él, y la que también, por esa voluntad misteriosa del Dios que hace todas las cosas —como me gusta repetir—, me pertenece a mí y yo le pertenezco a ella.

Hace pocos días un programa de la televisión nacional presentó una entrevista a un notable escritor cubano: una figura polémica de una vistosa personalidad y lengua afilada, quien fue presentado en televisión como no suele suceder frecuentemente en Cuba con los personajes públicos. Las últimas líneas de sus respuestas, que valieron para demostrar su extraordinaria habilidad como espadachín de la palabra, me sirven para poner de punta otra metáfora posible: “Yo podía haber nacido en otro país y no haber nacido en este, pero lo importante es que no solo es nacer en este país, es asumir este país, que es otra forma de nacer. Hay como dos o tres nacimientos. Una vez leí una frase, una línea de Garcilaso de la Vega, que la voy a transformar, cosa que hago, él dijo una vez: “Me duele España”. Yo puedo decir: “Me duele Cuba”.²

Casa Cuba desde su entramado es una metáfora tanto o más compleja que la realidad que expone, ya que va más allá del canon; no podemos hablar de ella como metáfora pura: la que expresa

solo el término imaginario; o metáfora impura: en la que están presentes ambos términos (el imaginario y el real, y de esa superposición nace la imagen).

No es tampoco la simple atribución de un término imaginario a un término real; no es el caso metafórico del lamento de Arrufat: “Me duele Cuba”, que resulta menos oscuro, de más fácil ilación, y puede provocar inmediatamente un mayor despliegue imaginativo en el lector.

Casa Cuba es una metáfora que enlaza dos términos reales, donde se explicitan dos imágenes concretas, no hay traslación de sentidos de lo uno en lo otro; es una construcción directa, sintagma brevísimo formado por dos elementos equivalentes. La Casa Cuba es una constante polisémica como pocas, pues estos dos elementos, su conjunción, arrastran consigo unas indefinidas series de *relacionalidades* (creo que no es muy académica esta palabreja). Por eso se multiplican hasta el infinito sus posibilidades significativas; para facilitar que su lectura se convierta en una posibilidad elegible, de libre albedrío pudiéramos decir. Esta metáfora exige más que el esfuerzo de una apropiación cabal por la línea del conocimiento, la asunción de una toma de partido, de un punto de vista personal que será distinto cada vez y signado solo como obligatoriedad por el propio individuo.

Echo mano a las palabras de Su Eminencia Reverendísima, cardenal Jaime Ortega, quien expresó en la conferencia inaugural de este simposio: “[...] yo no quería irme de Cuba. Cuba es para mí más que la Cuba de Martí y de Maceo, que la Cuba de Gerardo Machado, de Grau San Martín, de Batista, de Fidel o de Raúl. Cuba para mí es mi patria, tan mía que la siento en los olores del ambiente, en los cielos amenazantes de un ciclón, en las tardes

dulces de su falso invierno, en el hablar de su gente, en su música. Tanto es así que a veces temo participar de esa arrogancia del cubano de todas partes, del de Cuba y del de fuera de Cuba, de creernos los mejores. Quizás este rasgo negativo sea el que más nos une a los cubanos de aquí y de allá.”

Estas palabras explican mejor que mi parrafada incoherente y nos ayudan a ubicarnos en una disquisición de larga data entre los cubanos de aquí, allá, y acullá, ¿cuál es la verdadera Cuba? Si partimos de una metáfora más convencional, aunque no menos hermosa, como la de Antón Arrufat: “Me duele Cuba”, posiblemente consigamos un consenso general. Todos los cubanos, los de aquí, allá y acullá, asimilarían esta metáfora con facilidad; además, por supuesto, de convenir en el asunto de nuestra autosuficiencia. Al menos eso creo. Pero en cambio, no sucede así frente a un enunciado como Casa Cuba que implicaría un desbroce de sentidos a partir de una construcción más compleja. “Me duele Cuba” es más sensorial e inmediata; mientras que la imagen de Casa Cuba plantea una tesis menos sensual, de mayor elaboración y complejidad, que remite inmediatamente a la pregunta: ¿cuál Cuba? La respuesta nunca será objetiva, o lo será siempre en la medida que parte esta comprensión de cada subjetividad posible.

Me atrevo a afirmar que así podría suceder si le preguntamos a uno de los hermanos alemanes que nos acompañan; y no si les preguntamos ¿cuál es la verdadera Cuba?, que imagino podría ser una pregunta bastante desestabilizadora; pienso que el resultado sería igual de variopinto si les preguntamos ¿cuál es la verdadera Alemania? Y así sería con cualquier nacionalidad y pueblo.

Quizás lo más atinado sería preguntarnos: ¿a cuál Cuba aspiramos para el

presente y el futuro? No por esta intención de movimiento hacia delante, estoy diciendo que hay que despreciar el pasado, pero debemos evitar la tentación de quedarnos en él y solo sostenernos en él; porque entonces estamos despojando a la historia de su poco de misterio. La historia que es una construcción misteriosa y fascinante: es la arquitectura del hoy, y su mayor complejidad yace bajo tierra.

La Cuba del cardenal Ortega no excluye a Martí y a Fidel, por la sencilla razón que sería un ejercicio de vendaje y mutilación; solo que va más allá de ellos, completa una comprensión subjetiva, la mirada del pastor que ve la historia sobre todo en clave de futuro; que tiene su mirada en la Vida que va más allá del límite del hombre; una Vida que va más allá de la muerte, de cualquier muerte física y espiritual.

Recuerdo un texto de Anthony de Mello, impugnado pero fascinante escritor espiritual a quien leí mucho en mis años juveniles; es una pequeña viñeta del libro *Quién puede hacer que amanezca*. En ella el Maestro le afirmaba a sus discípulos que no era necesario ocuparse demasiado del pasado. Y frente a la justa réplica de uno de ellos, le contestaba que no había que olvidarse del pasado porque hubiese sido bueno o malo, sino porque sencillamente estaba muerto, no existía ya.

Claro que esta es una exageración metafórica, una idea controvertida y que no deja resquicio para hablar del pasado salvífico y de redención. A ella pudiera contestársele con el Apóstol: “librenos Dios del invierno de la memoria”, pero yo la asumo como no empecinamiento en el pasado. Hay que aprender del ayer, sobre todo para no repetir lo que nos aparte de Dios y su voluntad, mas no podemos convertirnos en estatuas de sal; en ese sentido hay abundante tela por donde cortar.

Para pensar en la Casa Cuba debemos tener en cuenta que toda metáfora es una ilustración de un concepto por una imagen, y que esa ilustración siempre va a ser exagerada, hiperbólica. Invariablemente una metáfora es una imagen que usa la exageración, la desmesura; pues la metáfora es la palabra que intenta ilustrar lo que no puede mostrar cabalmente solo con un lenguaje puramente objetivo, sin aderezo. Es sabido que “una imagen vale más que mil palabras”, entonces toda metáfora que se respeta trata de conseguir en una línea, a veces en un pequeño sintagma, esas mil palabras.

Pero posiblemente esté yo hablándoles en términos demasiado literarios, y la literatura no es criterio de realidad, como le escuché a un viejo escritor y me gusta repetirlo a mis alumnos del seminario camagüeyano, pero sí creo

firmente que la literatura puede ser criterio de la verdad como las otras formas de comprensión que conocemos, aunque sus armas no se provean de unas municiones muy concretas. Y específicamente la poesía alcanza esa condición de conocimiento intelectual y espiritual. No me refiero solo a la poesía como género definido, sino como soplo, como anhelo estético que aparece en las artes y que puede alcanzar verdades que la filosofía, las ciencias, incluso la teología, y otras formas del conocimiento no alcanzan. La poesía es, con su desmesura incluida, una cabal comprensión de la vida del hombre; o mejor, para no pecar de absoluto: un intento cabal de comprensión de la vida humana.

Me he referido abundantemente en los indicios poéticos de un concepto controvertido y en discusión; un concepto que es más una intuición que una certeza; que es más un sitio utópico que un programa político; que ha resultado quizá un desencuentro, cuando quiere ser un presupuesto congregante. Veamos ahora varias voces en el desencuentro:

Una ponencia respetable, y no estas líneas que esbozo dando bandazos de pensamiento, hubiese buscado en las páginas preliminares de nuestra patología eclesial-civil, el posible enunciado de esta metáfora. No creo desatinado afirmar que quienes pensaron Cuba comenzaron a delinear esta metáfora, al menos en algunos de sus temas. Pero me remito a quien sí ha tenido una mirada escrutadora sobre este asunto y es —podemos decir no sin algún atrevimiento y amparados en su ausencia— el padre de la criatura.

Me refiero, por supuesto, a monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal; específicamente mencionaré una conferencia dictada por él en el Aula Fray Bartolomé de las Casas: “[Cuba] existe como algo más que una Isla sobre la que viven hoy unos cuantos millones de personas que la consideran su Nación y su Patria; es decir, la casa de sus padres y la casa de los que vendrán después de ellos. Cuba no es solamente un territorio en el que viven personas; es más que un hecho



Foto: ManRoVal

físico. Es un hecho cultural, moral y político. Posiblemente discreparemos en cuanto a cómo quisiéramos que fuera la nuestra, pero para mí, y para la mayoría de los cubanos, Cuba, como nación y como patria, es un ente real y, simultáneamente, un acto de fe (...).³

En esta conferencia, monseñor De Céspedes anuncia, sin maniqueísmos, esa asunción de Cuba que nos sigue siendo tan necesaria. No enuncia aún la metáfora como el sintagma Casa Cuba, pero están claras las líneas que lo revelan en cuanto a posibilidad: “No reniego de ninguna de las dimensiones que conozco de mi Patria. Lo cual no quiere decir que las canonicé a todas, sino que tomo a Cuba como es, como realidad limitada o incompleta, pero como realidad, no como sombra vagarosa sin consistencia. Y precisamente porque ha sido históricamente y porque es realidad incompleta, pero a la que descubro posibilidades, la asumo también como proyecto, como realidad perfectible en camino de mejores cotas de ser y de existir. Un proyecto o Utopía posible, están siempre por delante y nos llaman al más y al mejor, no al desmoronamiento”.⁴

Proyecto, utopía, realidad perfectible en el camino de ser Cuba. Y entonces la metáfora puede constituirse más como una expresión de *relacionabilidad*. Casa Cuba es una metáfora en la medida que expresa una relación de contigüidad semántica, un término no necesariamente sustituye al otro, pero también lo hace al añadirle una integración propuesta en cada concepto. Casa y Cuba como un proceso metonímico de la causa por el efecto, o del efecto por la causa. Si es Cuba es la Casa. O del continente por el contenido, ¿quién contiene a quién? Incluso en su acepción primera, *cuba* es un continente, un recipiente para líquidos, de ahí debe venir esa naturaleza no sombría pero sí acuosa a la que de alguna manera hacía referencia ayer monseñor Antonio Rodríguez, rector del Seminario San Carlos y San Ambrosio, en su conferencia sobre las raíces de nuestra espiritualidad.

El inquieto equipo de *Espacio Laical*, revista del Consejo Arquidiocesano

de Laicos de La Habana, hace ya algún tiempo se afana en un intento propositivo de diálogo, en unos predios difíciles como es la realidad sociopolítica cubana. Ellos han querido convertirse en un **espacio** para esa confrontación, quizás no buscan una confrontación evidente, pero en el camino de las ideas en Cuba sabemos que el consenso posterior, si surge, debe correr esa suerte primero. La revista, que goza de la tradición más auténtica de las publicaciones cubanas de estar hecha por un grupo de amigos, es en sí misma un proyecto, y ella propone con un lenguaje mesurado —todo lo medido que puede ser el tratamiento de estos temas— la asunción de esta metáfora para el actuar de futuro en Cuba, con la clara noción de que ya ese futuro está tocando en los umbrales.

A mi juicio esa intención se ha ido perfilando como nunca antes en el quehacer de los últimos tres años: de la crítica atenta de determinados asuntos de la realidad nacional ha pasado a la implicación subjetiva y objetiva, y a la propuesta respetuosa y concreta. Así dice uno de los editoriales para apostar íntegramente por la metáfora propuesta: “Cuando nuestra publicación habla de la Casa Cuba divisa dos horizontes. El primero, **Cuba como una sola y gran familia**, donde sus miembros tienen diferencias, pero reconocen y aceptan un lazo que los une: el amor a lo propio que surge de una historia compartida. El segundo, **Cuba como una casa**, un hogar donde todos encuentran acogida y comprensión; un espacio donde todos sienten la tranquilidad de que sus sueños y realizaciones, sus alegrías y tristezas, son verdaderamente **compartidos**.”⁵

Para cualquiera esta es una cota muy alta a alcanzar, pero creo que *Espacio Laical* ha conseguido su objetivo de lanzar al ruedo de las ideas su propuesta. Con extrañeza, desconfianza, suspicacia y otras ansias, muchos de los católicos cubanos se asoman a cada número, pero también con admiración, asombro y constancia es leída la revista por católicos, no católicos y no creyentes (no todos con muy buena fe, y vale para las tres categorías).

Espacio Laical también se ha convertido un poco en esa posibilidad de ofrecer un “atrio (de) para los gentiles”, que comienza un diálogo necesario, y siempre fecundo, con los nuevos areópagos y centros de toma de decisiones que, en muchos casos al margen del Evangelio, tienen sus propias propuestas sobre el ser humano, la sociedad, la economía y las relaciones sociales, entre otros aspectos.

La plena validez de esta proposición de la metáfora Casa Cuba se alcanzará en la medida en que se construya y reconstruya en cuanto a texto polisémico e intérpretes activos tenga. Expresión de esto fue la publicación en el número 3, del año 2009, de *Espacio Laical*, dentro de la sección Búsqueda, de dos textos esenciales para acercarse a esta polémica: “Casa Cuba: la posibilidad de una certeza”, de Alexis Pestano Fernández, y “La Casa Cuba tras la crisis de la modernidad”, de Jorge Felipe González.

El primer autor hizo un análisis de las premisas que permiten, según su juicio, este camino como “proyecto de progreso cívico” para Cuba, sustentado en las capacidades de la persona humana para el diálogo y el consenso; basado también en la propuesta de asumir a Cuba como una gran familia, y con la debida aclaración acerca de la referencia a un símbolo de lo que podría ser. El profesor Pestano realizó un recorrido por la historia para encontrar los elementos de juicio que han podido trascender las contradicciones políticas y espirituales, y consolidar desde el pasado, mirando al futuro, una política integral e inclusiva. De igual modo, analizó los procesos educacionales para reforzar los criterios de civilidad, cubanidad y racionalidad del orden público en Cuba, buscados fervientemente desde la ilustración cubana y seguidos en los siglos XIX y XX como posibilidad siempre latente, a pesar de no realizarse a plenitud. Consideró, además, como aspecto importante la existencia en Cuba de una consolidada identidad nacional, que puede ser sopesada a través de nuestra comprensión colectiva del sentido histórico que tenemos como Isla y nación, a lo que llamó la singula-

ridad de Cuba. No se alejó Pestano del análisis de las verdaderas condiciones objetivas, de las luces y sombras, pero su apuesta es evidente, aunque él mismo no pueda delimitar las posibilidades reales de esta implementación en un presente signado por la desesperanza.

El segundo texto, de Jorge Felipe González, reconoce prontamente y en breves líneas la búsqueda de este ideal en los patricios decimonónicos cubanos, y también en los intelectuales de la República: “Para todos ellos, dice, Cuba ha tenido un destino, una teleología insular cuya realización última es el abrazo fraterno entre el espacio (la Isla) con sus habitantes (los cubanos) y entre todos como una gran familia.”

Inmediatamente pasa a advertirnos que luego de estos “modernos”, en la actualidad las cosas se presentan de otra manera: “¿Es posible creer en una Casa Cuba tras la crisis de la Modernidad?”. Su tesis parte del análisis actual de identidad para afirmar que hoy no es pan comido definir **lo cubano**. Asegura que los estereotipos consumados ya no lo son tanto para, inmediatamente, cuestionar los espacios de poder y decisión. ¿Qué familia queremos fundar, la patriarcal o la democrática? De ese modo se asienta obviamente en interpretaciones de la familia y en traslaciones de tipo sociológico que implican una lectura reduccionista de la metáfora. Son muy interesantes las observaciones de González: “[...] el espacio común no define en absoluto a sus habitantes, pues una casa no garantiza la armonía de sus miembros [...] La Casa Cuba no podría realizarse en tanto no se reconociera la diferencia entre sus habitantes [...] han de abandonarse etiquetas de identidad [...] abandonar un concepto estricto de identidad conduce irremediablemente a reconocer un espacio común, pero no orgánico. La tierra, la patria, deja de ser madre que produce hermanos y se convierte así en solo un espacio que debe ser de todos, pero que no es patrimonio del que más le sirva [...]”.

Y termina con definiciones sobre la historia como ente diverso y con la propuesta de una Casa Cuba desde claves reinantes, que por supuesto están

más cerca de las corrientes actuales del pensamiento que de la misma propuesta identitaria de monseñor De Céspedes y la elaboración sociopolítica y cultural que lanza *Espacio Laical* en cada uno de sus números. Sin embargo, sus ideas no son nada desdeñables.

Vuelvo a insistir en que la mejor aportación que hace *Espacio Laical* a la verdad cubana no es la asunción de esta indudablemente bella y polémica metáfora, y sí la posibilidad que abre ella misma para un serio y sostenido debate nacional: la Iglesia Católica que peregrina en Cuba tiene en *Espacio Laical* una primera línea para el diálogo, para la apuesta por la reconciliación nacional, y para la mirada serena sobre el presente y el futuro de Cuba. Solo podemos pedir a sus gestores fidelidad al camino que han visto en la luz, que las posibles tinieblas no reduzcan el empeño y no les ciegue demasiado la pasión.

Espacio Laical debe guardar para sí las palabras con que hizo balance de la mediación del cardenal Jaime Ortega, y en su persona de toda la Iglesia Católica en Cuba, ante el gobierno cubano en el proceso de liberación de presos por razones políticas. La labor de *Espacio Laical* reclama también, como la de la misma Iglesia de la que forma parte: “[...] una mezcla de altura y de humildad, y una disposición enorme para desgastarse en el servicio de amigar a los cubanos y de promover su creatividad. Esto, con el objetivo de edificar la Casa Cuba, esa bella metáfora que pretende exaltar el ansia de integrarse a lo mejor del mundo, pero desde una identidad cubana cada vez más sólida, así como de brindar unos marcos bien amplios para que se realice toda la diversidad nacional, pero desde una metodología de la fraternidad”.⁶

Sólo unas palabras para terminar mi propia reconstrucción de esta metáfora; unas sentencias de apoteosis poética, de hipérbole lírica, con las que quiero referirme al alma de esta joven nación que es mi Casa por gracia divina, la Casa de mis padres y mis hijos, una Casa que, como la familiar, se ha edificado en el amor y también en el pecado, porque así es nuestra débil na-

turalidad; pero me atrevo a exagerar con la mirada primero en Dios y con la seguridad de que el tiempo y la historia le pertenecen solo a Él y no a nosotros.

Es mi fe, como la de monseñor Adolfo Rodríguez Herrera, primer arzobispo de Camagüey, hombre de diálogo y oración serena, que “Cuba es la tierra buena del evangelio”; sólo faltan los obreros que la hagan fructificar.

Es mi fe, con Dulce María Loynaz, excelsa poetisa que sufrió lo suyo, pero nunca abandonó la Casa, que a pesar de los ciclones “la mala bestia no medró en [sus] predios, y jamás ha muerto en [ella] un solo pájaro de frío”.

Que estas exageraciones poéticas no nos alarmen, y sí nos hagan exclamar con Martí —el cubano mayor que pasó más de la mitad de su vida fuera de Casa, ansiando volver a ella para restaurarle su dignidad— como amigos y cubanos, donde quiera que esté la Casa Cuba y donde quiera que estén sus hijos: “Cuba nos une en extranjero suelo,/ Auras de Cuba nuestro amor desea:/ Cuba es tu corazón, Cuba es mi cielo,/ Cuba en tu libro mi palabra sea.”



Notas:

1 Presentación en el X Seminario Internacional del Programa de Diálogo con Cuba, de la Universidad de Eichstätt, en Alemania, “Sociedad y espiritualidad en el mundo actual. Un diálogo con la Iglesia Católica en Cuba”, Casa Sacerdotal, Arquidiócesis de La Habana, 20 al 23 de febrero de 2011.

2 Antón Arrufat entrevistado por Amaury Pérez Vidal: “Asumir a este país es otra forma de nacer”, programa “Con 2 que se quieran”, de la Televisión Cubana. Transcripción del sitio *Cubadebate*.

3 Monseñor Carlos Manuel de Céspedes-García Menocal: “Cuba, la que llevo dentro”, en Aula Fray Bartolomé de las Casas, Serie de Conferencias “El rumor del alma cubana”. Convento de San Juan de Letrán, 25 de Noviembre de 2004.

4 *Ibidem*.

5 Editorial: “El desafío del momento presente”, en *Espacio Laical*. Año 5 N°1. La Habana, 2009. p. 5.

6 Editorial: “La Iglesia Católica en Cuba: puente para el diálogo y el encuentro”, en *Espacio Laical*. Año 6 N°2. La Habana, 2010. p. 5.